

PARA SABOREAR DURANTE LA SEMANA...

“Que bien sé yo la fonte que mana y corre
Aunque es de noche.
Aquesta eterna fonte está escondida
En este vivo pan por darnos vida,
Aunque es de noche”

San Juan de la Cruz



Capitel con la escena de la Unción de los enfermos. Iglesia de S. Pedro de Tejada.

PARA LEER...

GRÜN, A., *La unción de los enfermos. Consuelo y ternura.* San Pablo 2002

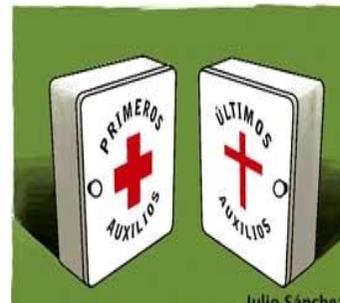
Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
-Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
dad@sancamilo.org
Pueden descargarlo en www.camilos.es



De domingo a domingo

Año III. HOJA nº 99 - Del 9 al 15 de mayo de 2010

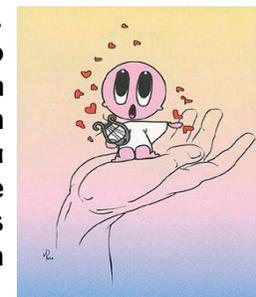
Unción de los Enfermos



El sacramento de la unción de los enfermos no es únicamente un rito que el sacerdote aplica al enfermo. En este sacramento Cristo nos sale al encuentro para hacernos partícipes del misterio de su vida. Nos toca Cristo, el médico que es capaz de curar nuestras heridas. Cristo nos protege con su mano amorosa para que sintamos el espacio de amparo y cobijo donde afrontar el misterio de la vida y de la muerte, de su muerte y

resurrección. Aquello que experimentamos en el sacramento tiene repercusión en nuestra vida. En el sacramento se expresa y culmina el cuidado de la Iglesia por los enfermos. La Iglesia, como comunidad de creyentes, se enfrenta precisamente en nuestros días al aumento del número de personas ancianas y enfermas y a la tarea de acompañar y asistir a los enfermos en su “quebranto existencial”. La calidad de la comunidad se revela en la manera con que trata a sus miembros enfermos y ancianos. La Iglesia, en el sacramento de la unción, asume su misión como comunidad de creyentes, enviados por Cristo a anunciar la buena noticia del reino de Dios y a curar a los enfermos.

El sacramento es para el enfermo una invitación a superar su enfermedad en comunión con Cristo y considerarla como una oportunidad de penetrar en el misterio de la persona humana, en presencia de Dios. En la unción se hace patente que toda enfermedad es una tarea espiritual, que no sólo necesita atención médica y psicológica, sino también acompañamiento espiritual para que pueda ser aceptada y transformada. El rito de la unción de los enfermos muestra cómo podemos vencer espiritualmente a la enfermedad. En último término, se trata de convertir la enfermedad en un acto de entrega y de amor, transformándola en la oración más intensa posible. Toda nuestra actividad de orar tiene que desembocar en las palabras con que Jesús entregó su vida a las manos del Padre Dios: <<Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu>>



Glosario

Espiritualidad:

La aspiración profunda e íntima del ser humano a una visión de la vida y la realidad que integre, conecte, trascienda y de sentido a la existencia. Se asocia al desarrollo de unas cualidades y valores que fomenten el amor y la paz.

Es una aspiración y una actitud profundamente arraigadas en el ser humano y profundamente íntimas.

Grupo de Trabajo sobre Espiritualidad en Cuidados Paliativos de la SECPAL

Es el instinto de lo divino, el dinamismo hacia lo invisible escondido en lo visible. Es el dinamismo interno de las cosas y de las personas que nos lleva a buscar la plenitud y presencia, profundidad y sentido y perdurabilidad en lo que hacemos y vivimos. Es el instinto de retorno a nuestro origen.

X. Melloni

Sed fieles a Dios que nunca os faltará nada

Camilo de Lelis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy: Jn 14, 23-29. Con las letras que sobran obtendrás una frase. Si la descubres, envía la frase a este correo: dad@sancamilo.org.



L	A	O	P	M	E	I	T	P	A	A
S	C	U	U	A	S	R	E	V	D	A
A	C	N	T	A	B	A	B	N	A	A
D	D	O	I	Y	J	E	S	M	R	U
O	C	R	R	I	N	S	T	B	O	O
P	R	E	I	P	O	A	A	R	M	N
E	A	A	P	S	Z	L	U	S	D	S
I	R	S	S	C	A	I	P	U	U	A
L	O	D	E	P	R	S	P	S	A	N
R	A	L	A	A	O	D	E	E	S	T
P	E	D	I	P	C	J	D	A	.	O

Frase anterior: El mandamiento nuevo que Jesús nos dejó, sigue fresco veinte siglos después

EVANGELIO (Jn 14, 23-29)

Lectura del santo Evangelio según San Juan

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

- El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado ahora que estoy a vuestro lado; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que enviará al Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho. La Paz os dejo, mi Paz os doy: No os la doy como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: «Me voy y vuelvo a vuestro lado.» Si me amarais os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, sigáis creyendo.



¡Cómo no va a temblarnos el corazón cuando el amigo se va definitivamente! ¡cómo no vamos a acobardarnos! Por mucho que nos diga que volverá a nosotros en una comunión mayor, en el amor del Padre, lo único que se nos impone, sin lugar a dudas, es su ausencia. Y él lo sabe, y por eso nos avisa, para que “sigamos creyendo”.

Nos deja. Se va; y nos dice que nos deja una paz que ningún ser humano puede proporcionar, una paz que ninguna adversidad humana puede quebrantar, pues no es fruto de ninguna lucha, de ninguna victoria, sino fruto de una comunión, la comunión con su Espíritu. Un Espíritu que nos irá recordando todo lo que el nos ha enseñado y ha vivido: que Dios es un padre que ama profundamente, que en todo momento y en toda circunstancia, está presente, sosteniendo, acompañando, fortaleciendo nuestra confianza, alentando nuestra esperanza, profundizando nuestro amor.

“Como el Padre me ama, así os he amado yo”, les ha dicho un poco antes. Y ahora que se despide, vuelve a insistir: deberías alegraros, no triunfa la muerte, no desaparezo en la nada, no; voy al Padre, a la comunión del pleno Amor, a la Vida definitiva. Y si me creéis y confiáis en mis palabras, es decir, si me amáis, pronto vais a experimentar que ese Amor supera todas las barreras y crea una comunión mayor que la muerte; ¡ah!, y esto que os digo, no lo digo yo, lo dice nuestro Padre.

Juan Sánchez Núñez